

*
* *
Su alma libertaba a los hombres de sus tenebrosos enemigos, y los hombres fueron tan malvados que prendieron e hicieron sufrir grandes martirios al alma que defendía sus almas, y los infames le clavaron en la cruz, y en su locura, en su demencia, la muchedumbre escarneció al ser que irradiaba la libertad y el amor.

Raza humana, que apedreas y que matas, yo te compadezco; hombres, yo os compadezco; ¡ay! yo compadezco tus manos estúpidas llenas de clavos y de martillos, porque persigues indistintamente al mal y al bien, a las garras y a las alas; eres hombre, verdugo ciego, cazador sin blanco, que lo mismo clavas con tus manos inseguras a los mochuelos en las puertas de las casas que a Jesucristo en las puertas del cielo.»

Mayo de 1843.

XIV

A LA MADRE QUE SE LE MURIÓ UN NIÑO

Sin duda habréis dicho muchas veces a vuestro tierno ángel que hay otros ángeles en las supremas alturas; que en el cielo nadie sufre, que se goza allí eternamente, y que es preferible volar hacia allí pronto;

* *
Que el cielo es una cúpula, sostenida por maravillosas columnas, un mágico palacio, un deslumbrador jardín, en el que las azucenas son astros y en el que las estrellas son flores;

* *
Que allí se goza más de lo que humana lengua puede expresar, que allí se vive en delicioso encanto; que en él reímos y jugamos con los querubines, y que en él, Dios nos ama;

* *
Que es grato al corazón arder allí como un cirio y vivir eternamente cerca del Niño Jesús y de la Santa Virgen en su bella mansión.

* *
Además, pobre madre, también habréis hecho comprender a vuestro hijo tan frágil y tan cariñoso, que le perteneciais durante la vida amarga, pero que también él os pertenecía;

* *
Porque mientras somos pequeños veis la por nosotros nuestra madre; pero cuando somos mayores estamos obligados a defenderla, y necesitará cuando sea anciana que la proteja su hijo, que será ya hombre;

* *
También le habréis dicho que Dios quiere que continúen viviendo en el mundo, la mujer para guiar al hombre, y el hombre para protegerla en los dolores y en los dolorosos combates de la existencia.

* *
Tanto le habréis hecho comprender todo esto, que vuestro cariñoso hijo ha desaparecido. ¡Ay! ¡dejasteis la jaula abierta y el pájaro voló!...

Abril de 1843.

XV

EPITAFIO

* *
Vivía esa pobre criatura riendo y jugando. Naturaleza, ¿de qué te sirve haber hecho desaparecer a ese niño? ¿No estás llena de pájaros pintados de mil colores, de astros, de grandes bosques, de aguas límpidas, de celaje azul? ¿De qué te sirve haber robado ese hijo a su madre? Por haber arrebatado al niño no estás ni más poblada, ni más alegre; y el corazón desgarrado de la madre, ese abismo tan profundo como tú, Naturaleza, ha quedado desolado y vacío por perder su hijo.

Mayo de 1843.

XVI

EL MAESTRO DE ESCUELA

No le atormentéis, que demasiado sufre. Hasta nuestros días ha sido muy desgraciado. No pretendáis nunca que

el maestro sea un esclavo, y cuando le veáis aparecer entre vosotros, modesto y tranquilo, y sentarse, ocultando la cabeza entre las dos manos, poseyendo quizá el espíritu de los antiguos romanos, cuyos nombres y cuyas hazañas os hace aprender en los libros escolares, estudiantes; no le atormentéis y sed buenos con él. Todos hemos de sufrir las desgracias de la vida y todos debemos arrastrar su peso, pero él es la antorcha que se consume ardiendo durante la noche, y ese hombre demacrado, más sujeto que vosotros y más encadenado, es vuestro hermano mayor, que vive sin catar los goces de la vida, casi indigente, sin tener pájaros en su cielo ni amores en su corazón. ¡Tened piedad de su juventud sombría!

* *
Aprended a conocer desde niños la desigualdad de los destinos humanos y respetadle doblemente; porque ocupa sobre vosotros dos cimas, porque es el más pobre y porque es el mayor. Pensad que ese hijo de la aldea, que vive lleno de pesadumbres, os prodiga el saber, la razón y la luz, y que os da oro, él, que no tiene pan. En la inmensa sala, cuando os sentáis en derredor de las mesas de pino a la luz de las lámparas, permaneced callados al ver las angustias que le hacen palidecer y al ver el traje pobre y usado que denota la estrechez con que vive. En las horas de trabajo vuestra inquietud le hace sufrir; en las horas de recreo os entreteneis molestándole; su pensamiento se ocupa de vosotros incesantemente, y semejante a las hojas de papel que os distribuye a todos, las páginas que empiezan por ser blancas, poco a poco se van

ennegreciendo. Hojeáis su corazón, vaciáis su memoria; vuestras manos, una palabra tras otra y saturando en él las ideas desde el instante que se expresan, las escriben todas a la vez en su alma. Hasta en sus sueños algunas veces os ve desfilan con los tinteros y con las plumas pasando por su imaginación; y con frecuencia le desveláis, porque para él cada niño es un hilo cuyo nudo le aprieta el corazón. Cuando quiere pensar y olvidarse de todo, abandonando su alma a indescifrables quimeras, los escolares juguetones, vivos y ligeros, pesan sobre él desde la mañana hasta la noche, siempre; y le arrancan de las regiones ideales, y son para sus mariposas plomo que hace hundir las alas. Santo y grave mártir, cambia de potro y le crucificáis, inocentes verdugos; y vuestras burlas, vuestros juegos y vuestros clamores, resuenan siempre en su imaginación con el ruido de una tempestad.

*
* *

Quizás austero, silencioso, guardando el secreto de una buena acción, ese pobre ser que piensa, apoyada su cabeza en la palma de la mano, tan mal alimentado y tan mal vestido, que un mendigo pudiera tenerle lástima, tenga padres que mantiene en secreto, y hace de su trabajo, de sus privaciones, de sus vigiliadas, de los siglos que os explica, del sudor que baña su frente, trajes para la primavera y leña para el invierno para su hermana joven o para su madre anciana. Pensad que, para lograr todo esto, se sacrifica; pensad que todas estas obligaciones pesan sobre él, y por

eso no vive, por eso la sonrisa no desflora jamás sus labios. El porvenir, ese abril que hace abrir las flores, os aguarda; mañana le gozaréis, pero él continuará viviendo en la obscuridad; para él, el mañana será mudo y sordo como el presente; el mañana, que para vosotros será julio, para él será siempre diciembre; permanecerá en la misma aldea, en la misma casa pobre, debajo del mismo cielo gris y lluvioso, y cuando vosotros seáis hombres, él será anciano. Si reflexionáis en todo esto, consolaréis y profesaréis entrañable afecto a ese sublime forzado del precioso de la inocencia. Reflexionando mucho que prodiga y la mezquindad de lo que recibe, se transfigurará en vuestros ojos, porque os haréis cargo de que es el que os educa, el que os ilustra, el que pone en vuestras manos esos filos de la espada, el arte y la ciencia con el noble fin de que crezcáis amando cada día más lo verdadero y lo bello. Reflexionad que los corazones son un rebaño, cuyo pastor es el espíritu.

*
* *

Y mientras él está allí, triste, y vago cuchicheo de la clase adormecida. La mujer cuando nace es cándida, inteligente y buena; Dios, que la sigue con la mirada desde las alturas, la creó para que fuera dichosa.—Aquella mujer, que nació pobre, se casó con un obrero; marido y mujer vivían unidos en santa paz, y así se deslizaban sus días, hasta que el cólera atacó y mató al pobre obrero, dejando a la viuda en la miseria y con cuatro hijos. Entonces ella se puso a trabajar como un hombre; trabajó activamente y haciendo to-

surco humano que se llama niño, que brote de todos esos libros, llenos de dulces armonías, la bendición serena de los genios.

Junio de 1842.

XVII

LO QUE VI UN DÍA DE PRIMAVERA

Oí sollozar, empujé y abrí la puerta. Cuatro niños lloraban; la madre había muerto. ¡Lúgubre espectáculo se ofreció a mis ojos! Sobre miserable cama yacía el cadáver desfigurado; aquella cama era ya una tumba, y aquella mujer era ya un fantasma. No había fuego en el cuarto; el agujereado techo dejaba salir las cañas. Los cuatro niños parecían cuatro ancianos. Como el alba al través de la niebla, se veía vagar por los labios de la muerta siniestra sonrisa, y el niño mayor, que sólo tenía seis años, parecía decirme: «¡Mirad qué desgracia nos acaba de suceder!»

*
* *

En aquel cuarto se había cometido un crimen; voy a referiros lo acontecido. La mujer cuando nace es cándida, inteligente y buena; Dios, que la sigue con la mirada desde las alturas, la creó para que fuera dichosa.—Aquella mujer, que nació pobre, se casó con un obrero; marido y mujer vivían unidos en santa paz, y así se deslizaban sus días, hasta que el cólera atacó y mató al pobre obrero, dejando a la viuda en la miseria y con cuatro hijos. Entonces ella se puso a trabajar como un hombre; trabajó activamente y haciendo to-

das las economías posibles, pasando las noches en vela para proporcionar alimento a sus hijos y viviendo en la más extrema pobreza, pero siendo siempre honrada. Un día entró en casa y se quedó muerta de hambre.

*
* *

Entretanto los pájaros cantaban en los árboles, los pesados martillos sonaban en los yunques al resplandor de las fraguas, las máscaras bullían en los bailes, los enamorados hablaban en voz baja en los salones; todo vivía en el mundo: los comerciantes contaban la ganancia del día; en las calles se oía el ruido de la multitud y el estrépito de los coches que corrían, y mientras susurraba por todas partes la alegría y en todas partes resplandecía la luz, aquella miserable mujer estaba sola en su medio derruido desván, cuando el hambre, esa Goula azorada, flaca y feroz, entrando como un bandido en el desmantelado aposento, le apretó la garganta con sus garras y la mató.

*
* *

El hambre es la que da miradas cínicas a la ramera; es el bastón de hierro del bandido; es la mano del niño pálido que se alarga para robar un pan; es el estertor de la agonía que arroja al naufrago de la vida en miserable lecho. ¡Dios mío! ¡Con abundante savia la tierra produce hierbas, frutos y trigos; cuando el árbol acaba de dar su cosecha, empieza a producir el surco, y mientras que por tu clemencia todo vive, mientras la mosca conoce las hojas del sauce, mientras el estanque da de

beber al pajarillo, mientras los cadáveres sirven de pasto a los buitres, mientras que la naturaleza en sus profundidades silvestres da de comer al chacal, a la onza y al basilisco, el hombre perece! El hambre es el crimen público; es el tremendo asesino que sale de nuestras tinieblas.

*
**

¡Dios mío! ¿Por qué el huérfanito, envuelto en fúnebres mantillas, dice «tengo hambre?» ¿Es el niño inferior al pájaro? ¿Por qué no encuentra la cuna lo que no falta al nido?

Abril de 1840.

XVIII

INTERIOR

La riña irritada, encendidos los ojos, víbora cuyo aliento emponzoña los dientes, silba y perturba el interior de una pobre habitación, en la que las palabras se chocan con las palabras. El niño, asustado, llora. Encolerizados el marido y la mujer, le dejan llorar.

*
**

—¿De dónde vienes?—¿Y tú qué has hecho?—Eres un holgazán que vives en la disolución y que morirás en un hospital.—Y tú eres una mujer vana y sin corazón, que nunca has querido trabajar.—¡Tú sales de la taberna!—¿Qué amante tuyo ha venido hoy?—El niño llora, está desnudo, tiene hambre y carecemos hasta de un pedazo de pan.

—¡Tienes miedo de ensuciarte las manos blancas!—¿Dónde vas todos los días?—¿Y tú todos los domingos?—A beber.—A bailar.—¡Y carecemos de pan y de fuego!—¡Tu hija ni siquiera sabe rezar!—¡Bandido, tú mataste a tu madre!—¡Cállate!—¡Cállate tú, asesino!—¡Cállate tú, prostituta!

*
**

Los rayos del sol poniente doraban aquel cuarto, penetrando por la ventana y por el techo, mientras esa pareta asquerosa, infame dos veces, por la miseria del corazón y por la fealdad del alma, ostentaba su úlcera y sus deformidades sin rubor, mostrándolas desnudas; y en los vidrios de la ventana, de la que pendía un andrajo de lienzo, éste aparecía a los rayos del sol como una brillante estrella que con su claridad deslumbraba desde lejos a los transeuntes.

Septiembre de 1841.

XIX

BARRACONES DE LA FERIA

Me quedé pensativo, león prisionero ante la majestad de tu grave melena, que dentro de la jaula te servía como de dosel; meditábamos los dos y dirigía hacia mí tus ojos; tu mirada era hermosa, león. En nosotros los hombres lo poco que hacemos y lo nada que somos nos llena el pensamiento, y a nuestras vanas miradas brillan nuestros defectuosos planes, que nosotros creemos divinos; nuestros deseos y nuestras pasiones, que incienso nuestro orgullo

y nuestra pequeñez, ebria de su pujanza; el orgullo de nuestra ignorancia, que hace destellar siempre a nuestras miradas el yo miserable. Pero el animal que vive a la sombra de la encina y del acer, que paca en el tomillo y se refugia en las espesuras; que en los campos, en donde los hombres nos asfixiamos, respira y vive solitario, como los astros y como las rosas; el ser salvaje obscuro y tranquilo, que habla con las enormes rocas y con las pequeñas flores, que en los valles y en los manantiales sumerge sus fauces; el bruto que ruge en las noches estrelladas y cuyos pesados pasos hacen trepidar los pilares del antro, pero que apenas se oyen en las profundidades tenebrosas, tiene a su vista los montes, los prados, las estrellas, el lago tranquilo, el cielo, el misterio de los bosques silenciosos, y lleva en sus ojos serenos, en los que empieza el infinito, la mirada eterna de la naturaleza inmensa.

Junio de 1842.

XX

INSOMNIO

Cuando aparece en el Oriente una claridad vaga y pálida; cuando la puerta del día empieza a entreabrirse semejante a un sueño, iluminando el horizonte, el hombre debe despertarse y debe dedicarse al trabajo. Cuando el amanecer eleva a Dios su himno augusto, el trabajo es el santo tributo que a Dios debe pagar el mortal; es la estrofa sagrada ante el altar recitada; el arado murmura un salmo, y sale de las bocas de los marineros y de los leñadores un canto sublime, desde que rompe el al-

ba, en el fondo de las selvas y desde el seno de las olas, que se confunde con los golpes del hacha y con el choque de los remos.

*
**

Pero causa un placer misterioso despertarse a altas horas de la noche, cuando todo duerme en el mundo; cuando ningún ojo humano nos vigila, cuando los siete caballos de oro del gran carro azul entran en sus caballerizas; causa gran placer sentir que nos toca en el hombro un desconocido, que nos dice:—«¡Vamos, que soy yo; trabajemos!» El cuerpo se resiste y pregunta por qué.

*
**

—Deseo dormir, porque estoy rendido de ayer y mis soñolientos ojos se niegan a abrirse. Señor misterioso, perdóname; debes ser muy testarudo, porque vienes siempre a despertarme cuando más tranquilo duermo. Hazte cargo de que aún es de noche; abriré los ojos si te empeñas y verás como no entra aún el menor rayo de luz por las hendiduras de la ventana. ¡Márchate! Duermo, estoy muy abrigado y sueño con la mujer que idolatro; cuando interrumpiste mi sueño, ella dejaba flotar sobre mi frente su abundosa cabellera, que hacía llover sobre mí astros y flores. ¡Márchate! vuelve cuando sea de día; me vuelvo del otro lado y no te hago caso; no poses tus dedos ardientes en mis sienes. La cervatilla ilusión comía en el hueso de mi mano y tú la has hecho huir. Era dichoso; estaba roncando como un canónigo; déjame en paz y no seas majaja

dero. ¡Cielos! ya mi pensamiento in-quieto y rápido, hilo sin cabo, se ovilla y se acopla en tu huso. Pájaro extraño y salvaje, me traes un verso del que acabas de apoderarte cerca de las nubes, y yo no lo quiero. El viento con sus alidos se desata en los campos, y sus ráfagas pasan sacudiendo los goznes de mis puertas. ¡Déjame en paz, verdugo; quiero dormir toda la noche; estoy rendido, estoy muerto; déjame dormir!

*
**

—No. ¿Acaso yo duermo?—exclama el pensamiento implacable.—Pensador, sufre la ley que te gobierna; forzado, arrastra tu cadena. Si el cuerpo se deleita durmiendo, para mí siempre es luminoso el Oriente, y el cuerpo me tiene sin cuidado; que se despierte, que sufrá; vamos a trabajar, esclavo, que ya es hora.

*
**

Y el ángel estrecha a Jacob, y el alma estrecha al cuerpo, que con ella no puede luchar, y entonces aparecen el comenzado drama *Ruy-Blas*, *Marión*, *Job*, *Silva* o la novela que llora con los ojos de la humanidad, o la oda que se hunde en dos abismos, o en el éter, cerca de Horacio, o en la sombra, cerca del Dante, y es necesario dedicarse a esos trabajos e introducirse en esos grandes horizontes que se abren de pronto, y entrar en ellos de estrofa en estrofa, de verso en verso, trepando por el áspero sendero de la inspiración, perseguir en lontananza la visión lejana, atravesar estremecido los bosques de-

siertos, los campos solitarios, las aguas, las malezas y los torrentes, jinete de un caballo que corre al galope.

1843.

XXI

VERSOS ESCRITOS EN EL PLINTO DE UN ANTIGUO BAJO RELIEVE

A LA SEÑORITA B.

La música se encuentra en todas partes. Un himno sale del mundo. Rumor que produce la galera combatida por las olas, murmullo de las ciudades, cariño que profesa una hermana a otra, pasión de dos amantes jóvenes y dichosos, ternura de dos antiguos esposos que pasaron juntos la vida, susurro de los árboles y de los bosques, sois verdaderas armonías, sois los suspiros que constituyen el canto supremo.

Para nuestra alma, los días, la vida y las estaciones, los ensueños del corazón, el alba y su rocío, los pliegues de los horizontes, la tarde y sus resplandores, flotan en una red de vagas melodías. Hay voces en los campos que nos hablan, y hay voces en los bosques que nos cantan; ya oímos balar un rebaño, ya sonar una campana. Por todas partes se ven saltar y resplandecer en el cielo estrellado desde el cenit hasta el nadir, en la voz de las aves y en el chirrido de las cigarras, el grupo de lumbrador de desiguales notas, que dicen a nuestra alma con la voz de la naturaleza: ¡Canta! Por esto un escultor antiguo esculpió en este bajo relieve un pastor mirando fijamente la flauta.

Junio de 1833.

trándome en mí mismo y olvidándome de la estación, y los ojos llenos de sombras interiores, pienso en los muertos, en esos seres que se libraron de la vida.

XXII

La claridad exterior no distrae mi espíritu. La llanura canta y ríe como una jovencuela; los nidos palpitan en los árboles; por todas partes ríe la alegría en las bocas abiertas, y mayo, echado sobre el musgo a la sombra de las verdes grutas, mira con ojos tiernos a los enamorados.

*
**

Por los campos de césped y por los campos de habas vuelan rápidas las mariposas como alados sueños; en los oscuros surcos brota el trigo verde; las doradas abejas se posan en las clemátides, en los tomillos y en las campanillas, para libar sus aromas.

*
**

Las nubes ostentan en el cielo reflejos cobrizos y purpurinos; los árboles, llenos de vida, parecen ebrios, y sus ramas estremecidas ofrecen a los pájaros sitio donde posarse; y el abejorro, susurrando a las rosas coquetas, las requiere de amores quedamente.

*
**

Dejo que se pierdan en el espacio fragancias y perfumes, que cuchicheen las flores en voz baja y que la primavera prodigue la vida y la alegría; concen-

*
**

Un poco tiempo más, ¡oh mar soberbio! y me abrirán también la tumba entre la hierba, entre el fresco césped, a la sombra de algún árbol, en el que se encarama la yedra, y se leerá en mi sepulcro esta inscripción grabada en mi lira: «Pasajero, esta fosa encierra la ruina de una cárcel.»

Ingouville, mayo de 1843.

XXIII

EL APARECIDO

Madres que estáis sumidas en la aflicción, vuestros clamores son escuchados en las alturas. Dios, que recoge con sus manos todos los pájaros perdidos, algunas veces restituye la misma paloma al mismo nido. ¡Oh, madres! la cuna comunica con la tumba. La eternidad encierra más de un divino secreto.

*
**

La madre de quien voy a hablaros vivía en Blois; la conocí en sus tiempos de prosperidad, y su casa estaba al lado de la de mi padre. Poseía todos los bienes que Dios concede o permite. Se casó con el hombre que amaba y tuvo un hijo, que fué su inefable alegría.

drá mucho. Le hago deletrear el Evangelio.» Y aquella mujer dichosa y madre, mirándolo con aire de orgullo, sentía latir su corazón con el de su hijo.

El recién nacido se acostaba en una cuna colgada de seda; su madre le amantaba; reposaba el niño al lado del lecho nupcial, y por la noche la pobre madre, pensando siempre en él, forjaba ilusiones sin cuento, y resplandecían sus ojos en la obscuridad cuando, renunciando al sueño y casi a la respiración, se inclinaba sobre la cuna de su hijo para oír como éste dormía. Desde el alba ella cantaba, radiante de dicha.

De día, meciéndose en una silla, dejando que su fichú descubriera sus hinchados pechos, sonreía al débil niño, llamándole ángel, tesoro, ídolo, hablándole tiernamente y besándole los piecillos rosados. El niño, alegre y desnudo, se reía siempre, y gozoso, sostenido en los brazos de la madre, desde las rodillas de ésta subía hasta la boca.

Temblando como el gamo, a quien asusta una hoja que se mueve, el niño iba creciendo. Para los niños, crecer es andar con indecisión como pajarillo que bate sus alas y ensaya el vuelo, y empezar a balbucear palabras. Cuando cumplió tres años, su madre exclamaba:— «¡Mirad qué crecido está! Está aprendiendo a leer y ya conoce las letras. ¡Es un diablo! quiere que le vista de hombre, desdeña sus vestiditos. Pronto aprenderá a leer; tiene talento y val-

Un día, ese monstruo horrible, ese gavilán que se llama el croup, penetró bruscamente en aquella morada feliz, y arrojándose sobre el niño, le cogió por la garganta. ¡Horrible enfermedad, perfidia siniestra del aire que nos da la vida! ¿Quién no ha visto forcejear en vano a esos tiernos niños, a los que aprietan con rudeza los dedos feroces del croup? Luchan con la enfermedad, y poco a poco se van empañando sus ojos brillantes, y de su boca fría sale un estertor extraño y tan misterioso, que parece oírse dentro de su pecho el terrible gallo de la tumba, que canta en el alba de su muerte. Como una fruta que siente la picadura de la escarabajo, el niño murió! Como un ladrón entrado en la muerte y se apoderó de él. Una madre, un padre, el dolor, el negro atañido, la frente que choca contra las paredes, los sollozos que salen del corazón. ¡Oh, la palabra éxpira donde empieza el grito! ¡Callen las voces humanas!

La madre, con el corazón transido de dolor, mientras que a su lado lloraba su desconsolado esposo, permaneció tres meses inmóvil, con las miradas fijas murmurando un nombre ininteligible mirando siempre en la misma parte de la pared. La fiebre no la abandonaba; no comía ni respondía a nadie; le temblaban siempre los labios, y se

bresaltada, como si hablase a alguno en voz baja, decía:— «¡Devolvedmele!» El médico aconsejó al desventurado padre que, para distraer el triste corazón de su esposa, debía dar al niño muerto un hermano.

Transcurrió el tiempo; pasaron días, semanas y meses, y luego aquella mujer conoció que iba a ser madre por segunda vez.

Junto a la cuna vacía del ángel que subió al cielo, acordándose de la voz con que la llamaba mamá, estaba pensando en él, silenciosa, sentada en la cama, el día en que de pronto dió a luz otro niño. Palideció y lanzó un grito:— «¿Quién es este ser extraño?»—exclamó. Después, cayendo de rodillas, añadió:— «No, no le quiero; tendrías celos, mi querido dormido, y me harías cargos, porque creerías que te había olvidado y que otro ocupaba tu lugar; mi madre le quiere, le encuentra hermoso, se ríe con él y le besa; ¡pero yo, yo estoy en la tumba! ¡No le quiero, no!» Así le hacía hablar su dolor profundo.

Cuando amaneció, al ver su esposo que era padre de otro hijo, exclamó alborozado:— «¡Es niño!» Pero el esposo era el único que estaba alegre en la casa; la madre permaneció estando tris-

te, sin olvidar ni un instante al niño muerto; le trajeron al recién nacido, dejó que se lo acercasen y lo acercó a su pecho; pero de pronto, pensando sin cesar menos en el nuevo hijo que en el perdido, preocupándose menos de sus mantillas que del sudario, exclamó:— «¡Aquel ángel está solo en el sepulcro!» Pero, por un milagro que le devolvió la dicha, oyó aquella madre que el recién nacido hablaba en sus brazos, con voz que le era muy conocida, y que le decía muy bajito:— «¡Soy yo!... ¡pero no lo digas!»

Agosto de 1843.

XXIV

A LOS ÁRBOLES

Árboles del bosque, me conocéis perfectamente; según el capricho de los envidiosos, la muchedumbre elogia o vitupera, pero vosotros me conocéis muy bien. Me habéis visto con frecuencia pasear por vuestro lado, mirándoos y pensando, y no ignoráis que la piedra por donde corre un escarabajo, la insignificante gota de agua que cae de flor en flor, una nube, una caña, me entretienen todo un día. La contemplación me absorbe. Me habéis visto a menudo en los valles, con las palabras que el espíritu emplea para hablar a la naturaleza, interrogar en voz baja a vuestros ramajes estremecidos, y con la misma mirada proseguir al mismo tiempo, pensativo, con la cabeza inclinada, el estudio de un átomo y el estudio de un mundo. Atento para comprender vuestros susurros, árboles, me habéis visto huyendo del hombre y buscando a Dios.

Hojas que os estremecéis en las puntas de las ramas, nidos de los que el viento arranca plumas blancas, claros de los bosques, verdes valles solitarios y sombríos, ya sabéis que estoy tranquilo y que soy puro como vosotros. Como vosotros eleváis al cielo vuestros perfumes, yo elevo mi culto a Dios, y en mi reina el olvido, como en vosotros el silencio. Inútilmente el odio derrama su hiel sobre mi nombre, porque os aseguro que siempre rechazo los amargos pensamientos de venganza, y mi corazón es aún tan bondadoso como le formó mi madre.

*
**

Arboles de los grandes bosques, que tembláis continuamente, os profeso gran cariño, lo mismo que a vosotros, yedra que te enroscas a la entrada de las cavernas, barrancos por los que filtran manantiales vivos, arbustos que picotean los pájaros; cuando me hallo entre vosotros, en todo lo que me rodea, en vuestra soledad, entrando dentro de mí mismo, siento un ser magnífico que me oye y que me ama.

*
**

Bosques sagrados, en los que Dios se dignó revelarse; encinas, árboles religiosos, musgos, yedras, a vuestra sombra, en medio de vuestro misterio, en vuestra soledad augusta, deseo que se abrigue mi ignorado sepulcro, y en ella quiero dormir el sueño eterno.

Junio de 1843.

XXV

El sol sobre las montañas que ilumina, ajusta a su arco de oro su flecha horizontal; en los bosques bullen los gamos y los ciervos; entre las rocas sonríe una cabaña pobre y feliz; en las alturas se agitan ramilletes de árboles y en los llanos se mueven ramilletes de niños.

*
**

Son las horas de pensar en nuestros temibles destinos. Se oyen los bebedores que bailan en torno de la mesa, y alegres y alborozados, al chocar las copas, confundir sus canciones con sus amores; pero las letras de las canciones que entonan van escribiendo los nombres de ellos sobre sus tumbas.

*
**

Sabiendo que hemos de morir, debemos preguntarnos cómo pasaremos ese trayecto supremo. Hay que hacer sobrehumano esfuerzo para terminar con grandeza. El alma queda oprimada cuando se acerca ese lúgubre instante; en el valle de la vida es temible la emboscada de la muerte.

*
**

Siente horrible estremecimiento el pálido agonizante; en torno suyo todo vive, ríe y ama; la flor perfuma, el ave

canta, mientras que el moribundo, cuya llama vital se va extinguiendo, tiembla al acercarse al cielo, a ese abismo cuya obscuridad y cuya calma asustan.

*

**

A menudo, recordando la pálida faz de los que he contemplado en esa hora terrible, de los seres que ya no existen, de hermanos, amigos y parientes, en los momentos en que el espíritu se aventura a pensar, me he dicho a mí mismo: «¿Qué es lo que mirarán los ojos azorados de los moribundos?...»

*
**

¿Qué es lo que verán? Caminos tenebrosos, un caos en el que vagan en confuso tropel espectros y dudas, la visión de la tierra, lo verdadero realizado, una luz oblicua y pálida, que, trastornando al alma errante, confunde con el último rayo de la vida que se apaga tu primer resplandor, siniestra eternidad.

*
**

Se cree sentir en las tinieblas aguda picadura; todos nuestros hechos se desvanecen como una fiesta terminada, todo lo que nos hizo gozar se trueca en pena o en remordimiento. Espantoso es el instante en que la verdad, apareciéndose de pronto, cuando la vida se despoja de su máscara, exclama: «Yo soy la muerte.»

Si haces temblar al corazón puro del hombre, sepulcro, el malvado se acerca siempre a ti horrorizado; para él sale siempre de tus abismos rojizo resplandor de fuego; cuando para él levantas tu fúnebre losa y se asoma a tu cavidad, ve en ella, como si fuera presa de un sueño, la faz vaga de Dios que le mira fijamente.

Biarritz, julio de 1843.

XXVI

EL POETA

Shakespeare medita y sueña, lejos del deslumbrador Versalles, desde los frondosos bosques, en los que se oyen los gemidos de la afligida tragedia; contempla a la multitud con sus miradas fijas y todo el bosque se estremece ante él. Pálido, camina ofuscado dentro de sí mismo; al andar rudo y salvaje, sacude como una melená en su cabeza la imaginación luminosa. Su cráneo translúcido está lleno de almas, de cuerpos, de quimeras, en los que se ve el resplandor del exterior; el mundo entero atraviesa por él; abarca toda la vida con su terrible mano y arranca al corazón del hombre sollozos sobrehumanos. Estudiando a ese genio extraño, nos extraviarnos en su camino, y como en el mar, nuestro espíritu zozobra algunas veces. Nos estremecemos al sentir en su teatro sombrío que nos azota el viento que su boca sopla, y al sentir que con sus dedos nos escaraba-